

Julio Jiménez Bonilla



La Brujita del Bosque

La brujita del bosque

Julio Jiménez Bonilla

La brujita del bosque



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación y otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

La brujita del bosque
© Julio Jiménez Bonilla, 2018
© BibliotecaOnline SL, 2018
Castillo de Fuensaldaña 4
28232 Las Rozas Madrid
(España)

Primera edición: Diciembre de 2018

ISBN: 978-84-17539-03-0
Diseño de cubierta: Carlos Armiñanzas
Composición: BibliotecaOnline SL
Impresión y encuadernación: Ulzama Digital
Impreso en España-*Printed in Spain*

Contenido

La Reunión de los duendes verdes	7
Tonel y Rabel	11
El camino de las Hayas	15
Adelita la bruja	25
La enfermedad del Bosque	35
La Puerta de la Ciénaga	43
El Reino de los Enanos	51
El Puente de Hielo	61
El Estanque Dorado	71
Las Montañas Mágicas	83
El Bosque y la Ciénaga	89
Eleonora	97
El Camino de las Estrellas	99
La Reina de las Hadas	105

La Reunión de los duendes verdes

En un claro del bosque, el Gran Duende Verde agitaba los brazos con preocupación. Tenía el pelo blanco y se llamaba Atabel. Era de pequeña estatura, vivaracho y muy inteligente. Aquella noche había reunido a sus habitantes para comunicarles la terrible noticia.

—El Bosque está enfermo —dijo Atabel con voz triste. Y no sabemos por qué.

Estaba sobre una roca. Era el más anciano y el único que podía convocar la Reunión. Mientras hablaba, el viento mecía las copas de los árboles y cientos de duendes escuchaban en silencio.

—Tenemos que buscar ayuda antes de que se consuma por completo.

La asamblea se alborotó y algunos empezaron a llorar. Para los duendes el Bosque es su hogar y lo cuidan día y noche. Por eso, su misteriosa enfermedad los tenía muy tristes.

En una rama, Tonel y Rabel, que eran hermanos, escuchaban con los pies colgando. Eran unos duendes juguetones que vivían en los manantiales. Durante su viaje a la Reunión, habían encontrado algunas flores marchitas, pero no le dieron importancia.

—¡Tonel y Rabel! —gritó el Gran Duende desde su roca. Los duendes se miraron sorprendidos. Y Atabel dijo:

—Voy a enviaros al bosque de las Hayas, donde vive Alauda. Es sabia y conoce bien el Bosque. Guarda las Lágrimas de la Vida, que podrían ayudarnos. Contadle lo que sucede, pero tened cuidado. La Mancha Turbia no está lejos de allí.

Un murmullo de temor sacudió el Bosque. La Mancha Turbia era un lugar muy peligroso, porque en sus charcas vivían las criaturas de las ciénagas.

—Si no queréis ir, lo haré yo, aunque sea viejo.

Los duendes, ardillas, lechuzas y demás animales reunidos protestaron. El

Gran Duende hizo ademán de continuar y de nuevo se hizo el silencio.

–Esta enfermedad parece un conjuro y creo que necesitamos las Lágrimas para que el Bosque no muera –sentenció Atabel–. ¡Que la asamblea se manifieste! ¡El tiempo se acaba!

Y la asamblea resolvió enviar a Tonel y Rabel en busca de Alauda. Cuando lo oyeron, los duendes traviesos se asustaron. Pero Atabel les dijo:

–Venid a mi cabaña y os explicaré lo que tenéis que hacer. Y dando saltos, se apresuraron a seguirle.

Los otros duendes permanecieron en el claro, hablando en voz baja. Estaban preocupados, porque el Bosque ya no era verde sino amarillo. Los árboles no tenían fuerza para sostener sus ramas y la savia fluía despacio en su interior. Nadie sabía qué pasaba. Solo Atabel.

Tonel y Rabel

La casita de Atabel estaba en el hueco de un abeto, muy cerca de la copa. Llegaron a ella dando tres saltos largos y entraron. El interior lo iluminaban unas luciérnagas que colgaban del techo y que les saludaron al entrar.

El Gran Duende ofreció a sus amigos dos copas llenas de néctar de mora, que bebieron encantados, pues el néctar es la bebida preferida de los duendes, y el de mora era el favorito de Tonel y de Rabel.

Cuando el néctar se acabó, Atabel se puso serio y sacó un mapa animado.

—Aquí estáis ahora —les dijo señalando una mancha verde, que se iluminó en el plano—. Y aquí está el bosque de Alauda —que también se iluminó—. Y cerca, la Mancha Turbia.

Y esa parte del mapa, burbujeó y emitió un olor nauseabundo. Los duendecillos sintieron un escalofrío en su piel. Luego, Atabel les entregó una bolsa cerrada.

—En este talego he metido algunas hojas enfermas para Alauda, néctar y unas semillas como regalo. También hay un saquito con polvo venenoso, por si os veis en apuros.

El gran duende se alisó la barba blanca.

—Pero tened cuidado con esos polvos: son muy peligrosos. Abrid el saco solo si es necesario. Esos polvos paralizan a cualquier ser vivo, grande o pequeño, y si se inhalan en exceso, pueden dejarlo dormido para siempre.

—¿Cómo sabremos quién es Alauda?
—preguntó Rabel, con los ojos muy abiertos

—No os preocupéis, ella os encontrará. Por cierto, dadle recuerdos para su nieta. Mmm, cuál era su nombre...

Atabel se rascó la coronilla, intentando recordar.

—¡Ya recuerdo! ¡Adelita! Y debe ser ya una toda una brujita... Los duendes dieron un respingo, alarmados.

—¿Una bruja? —exclamaron a la vez.

—Bueno, es una larga historia. Alauda es mayor, y tiene una aprendiz: Adelita, la brujita del Bosque. Si decís que vais de mi parte, bastará.

El viejo duende suspiró con nostalgia.

Luego, volvió a centrarse en la conversación y dijo severamente a sus invitados.

—¡Dormid, que saldréis al alba! Mañana os contaré qué son las Lágrimas de la Vida. Y ahora, ¡a descansar!

Hizo un gesto a las luciérnagas y se apagaron. Los duendecillos se acostaron y cerraron los ojos. Les aguardaba un largo viaje.

El camino de las Hayas

Cuando salió el sol, una ardilla de color rojo llamó a la puerta de Atabel.

—¡Buenos días, Alexia! —dijo el Duende—. Has sido puntual.

—Hay mucho camino que volar. —Respondió la ardilla.

Alexia tomó una piña con sus patitas, y la mordisqueó mientras movía la cola. Tenía los ojos oscuros y los bordes de las pupilas amarillos. Era una ardilla simpática y valiente. Y muy fuerte.

Se disponía Atabel a explicar a los duendes los detalles de su misión, cuando se escucharon unos aullidos. El Gran Duende se estremeció. El peligro estaba muy cerca, así que decidió que el grupo partiera enseguida.

—¡Vamos, vamos! ¡Hay que ponerse en marcha! —urgió a los duendes—. ¡El tiempo corre en nuestra contra!

—¡Vamos! —respondió Tonel decidido.

—Recordad —les advirtió Atabel—, si alguien os pide una porción de las Lágrimas, desconfiad. ¡Y evitad la Ciénaga! El Bosque se muere, así que traed pronto la medicina.

Y con un talego a la espalda, los duendecillos subieron al lomo de Alexia, que de un salto alcanzó la copa del abeto vecino.

—¡Adiós, Alexia! ¡Cuida de los pequeños! —se despidió Atabel.

—¡Hasta pronto! —respondió la ardi-lla, dando otro salto que sorprendió a los duendes.

—¡Eh! ¡Cuidado con los pasajeros! —se quejó Rabel, a punto de caerse.

—¡Sujetaos fuerte! ¡Vais a ver lo que es viajar deprisa!

Y así fue. Alexia saltaba, de rama en rama, volando por encima de los abetos, a gran velocidad. Los duendes se agarraban con fuerza al pelo rojo de Alexia. Cuando saltaba, extendía la cola como un timón para dirigir el vuelo. Sabía planear

muy bien. Por eso Atabel la había elegido para esta misión.

Al anochecer, habían recorrido gran parte del camino. Se acomodaron en la copa de un abeto y se dispusieron a descansar.

Tonel, de pronto, movió sus orejas puntiagudas y las orientó hacia arriba.

—¿Qué es ese murmullo? —se preguntó desconcertado.

Rabel también hizo lo mismo y puso cara de preocupación.

—Parece un llanto—dijo.

—Sí, pero podría ser el viento, porque estamos muy arriba —respondió Tonel.

Los duendes poseen un oído muy sensible y por eso es muy difícil sorprenderlos. Un rumor grave, como una queja, llegaba desde todos los rincones del Bosque.

—El Bosque está llorando —dijo Alexia con pena.

Los dos hermanos se asomaron a la copa del abeto y escucharon el ruido. A su alrededor, cientos de árboles con las ramas bajas lloraban gotas de ámbar.

—Parece cosa de magia malvada —dijo Alexia, triste—, es como si alguien o algo le estuviera robando la vida a los árboles.

Alexia decía esto porque las ardillas y los árboles son muy amigos. Y estaba preocupada. Rabel se acercó a ella y la acarició.

—Haremos lo que ha dicho Atabel. Hablaremos con Alauda y traeremos la medicina.

—Quizá ella sepa lo que pasa.

De pronto, una voz profunda los asustó:

—¡Claro que lo sabe! ¡Lo sabe muy bien!

—¿Quién anda ahí? —preguntó nervioso Tonel.

—¡Vaya con los duendecillos! Ni siquiera os habéis dado cuenta de que os estaba escuchando.

Un búho con grandes pinceles asomó la cara por detrás de una rama.

—He hablado con otros búhos y todos coinciden: La Ciénaga está creciendo. Y se hizo un silencio.

—¿Entonces...? —preguntó Tonel.

—La Ciénaga tiene la culpa —dijo el Búho.

—¡La Ciénaga! —exclamó Rabel, recordando la advertencia de Atabel.

—Sí. Es el corazón de la Mancha Turbia. De ella salen unos vapores muy extraños y está rodeada de oscuridad. Es como si... —y el búho se calló.

Tonel se inquietó y dijo, angustiado:

—Es como si ¿qué?

—Como si... —empezó el búho, pero de nuevo se interrumpió.

—Como si el morador de la Ciénaga hubiese vuelto —dijo otra voz.

Era un búho más anciano. Y explicó:

—La Mancha Turbia ha revivido. Estaba muerta y ahora crece. Alguien ha regresado y roba el alimento de los árboles. Es lo que dicen los abetos milenarios. Ellos sí se acuerdan de ella. Son supervivientes de la Época Negra. Fue desterrada, pero ha regresado. Alauda lo sabe.

—¿Y quién es Alauda? —preguntó asustado Tonel. El búho anciano suspiró.

—Eso tendrás que averiguarlo tú mismo. ¡Suerte! Y levantando el vuelo, los búhos se marcharon.

Cuando amaneció, Alexia y los duendes se pusieron en camino. Saltaron, brincaron y se internaron en zonas desconocidas. Cuanto más se acercaban a la linde del Bosque, más fríos y oscuros eran los días. El sol ya no brillaba, unas nubes lo ocultaban.

—¡Me estoy congelando! —se quejó Rabel, frotándose los brazos.

—¡Sujétate, tonto, que te vas a caer! —
le reprendió su hermano.

Los duendes cabalgaban alegres sobre Alexia. Rabel era el más ingenioso. Cuando se le ocurría una cosa divertida, se le achinaban los ojos y ponía cara de pícaro. Tonel era un poco más bajito y más juicioso, pero con la misma afición a las bromas.

De pronto, Alexia giró la cola y aterrizó bruscamente sobre la corteza de un árbol.

—¡Eh, que nos caemos! —se quejó Rabel, sujetándose con fuerza a la ardilla. Una sombra planeó sobre ellos. Alexia estaba temblando.

—¡Callaos! —musitó con una voz muy débil.

Era un gran pájaro oscuro. Nunca habían visto un ave tan siniestra. Tenía garras afiladas y los miraba con fiereza. Se aproximó a los viajeros y se posó en una rama.

Alexia se pegó a la corteza del árbol con más fuerza.

Sin dejar de mirarles, el pájaro se lanzó sobre ellos como una exhalación. Gritaron de miedo pero no sintieron nada. Por suerte, el abeto era muy frondoso y la alimaña se enredó en sus ramas. Con un chillido de rabia, liberó sus alas y remontó el vuelo. Y desde el aire les vigilaba.

La ardilla bajó al suelo, muy despacio y corrió a ocultarse en una madriguera abandonada.

—Tranquila, Alexia, ya se ha ido —dijo Tonel.

—Esa criatura no era del bosque —repuso la ardilla, todavía temblando. Era horrible.

—Tenía un olor raro, no sé, como a azufre o a barro sucio —reflexionó Rabel en voz alta.

Alexia y los duendes decidieron tomar unos tragos de néctar antes de continuar.

—Desde ahora iremos por el suelo y os llevaré al lindero del Bosque por otro camino. Ya no me fío.

Al cabo de un rato, volvieron a cabalgar sobre la ardilla. Viajaron y viajaron sobre un manto de agujas secas; con las primeras luces de la mañana, llegaron a un claro donde terminaba el Bosque.

—Ahí está el Bosque de las Hayas —les indicó Alexia, señalando una mancha verdosa. A partir de ahora, continuaréis solos.

La ardilla estaba muy fatigada. Había hecho un gran esfuerzo.

Tonel y Rabel le dieron las gracias y se dirigieron al claro que separaba los dos bosques.

—¡Adios, Alexia! ¡Volveremos! —se despidió Tonel, agitando la mano.

—¡Tened cuidado! —respondió Alexia.

Y los dos duendes se alejaron. En una rama, un búho les observaba.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el comienzo de *La brujita del bosque*, de Julio Jiménez Bonilla: la reunión de los duendes verdes, el encargo a Tonel y Rabel y los primeros pasos de su viaje a lomos de la ardilla Alexia. El libro completo tiene 14 capítulos y sigue la misión de los duendes para encontrar la medicina que cure al Bosque enfermo.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/la-brujita-del-bosque

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **El Bosque enfermo.** La reunión de los duendes verdes, Tonel y Rabel, el camino de las Hayas, Adelita la brujita y la enfermedad del Bosque.
- **Ciénagas, enanos y hielo.** La Puerta de la Ciénaga, el Reino de los Enanos, el Puente de Hielo y el Estanque Dorado.
- **Montañas y regreso al Bosque.** Las Montañas Mágicas, el Bosque y la Ciénaga, y Eleonora.
- **Hacia las estrellas.** El Camino de las Estrellas y la Reina de las Hadas.

Una aventura de fantasía con duendes, ardillas, búhos y una brujita aprendiz.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-17539-03-0



Escanea para comprar